

BASTETANIA ANTES DE ROMA. EL POBLADO FORTIFICADO ÍBERO DE LA CALERA (DÓLAR, GRANADA)

Bastetania before Rome. The Iberian Hillfort of La Calera (Dólar, Granada)

ALEJANDRO CABALLERO COBOS*, MANUEL ABELLEIRA DURÁN*,
ANDRÉS MARÍA ADROHER AUROUX**, ANDRÉS ROLDÁN DÍAZ***,
MANUEL RAMÍREZ AYAS*, JUAN ALEJANDRO GONZÁLEZ MARTÍN**** y
ANDRÉS PÉREZ ARREDONDO*

Si no puedes convencerlos, confúndelos
(Marcos Munstock, 1942-2020, in memoriam)

RESUMEN El objetivo de este trabajo es presentar un yacimiento arqueológico que fue localizado en los años 90 pero que había pasado prácticamente desapercibido en la historiografía, pues sobre él apenas encontramos algunas referencias cruzadas. Siguiendo la política de haber publicado algunos de los más importantes yacimientos íberos de las estribaciones septentrionales de Sierra Nevada, en Granada, presentamos a continuación el estudio específico de un yacimiento que juega un importante papel en el territorio junto con otros grandes conocidos como el Peñón de Arruta y el Cardal, relacionados con la explotación de los metalocontextos de Sierra Nevada y con las fases de conquista del territorio de lo que será la *Colonia Iula Gemella Acci* (actual Guadix).

Palabras clave: Protohistoria, Edad del Hierro, Romanización, Íbero, Bastetania.

ABSTRACT The aim of this paper is to present an archaeological site that was located in the 1990s but had gone virtually unnoticed in historiography, as there are hardly any cross-

* Centro de Estudios de Arqueología Bastetana, Camino Viejo de Cortes s/n, 18800 Baza, Granada. acaballero75@gmail.com, abelleira.duran@gmail.com, andrespa@correo.ugr.es

** Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Cartuja s/n, 18071 Granada. aadroher@ugr.es.

*** Museo Histórico Local de Nueva Carteya, Calle Montilla 2, 14857 Nueva Carteya, Córdoba. andresroldandiaz@gmail.com

**** Arqueología del Genil, c/ Ricardo Pavón 2, 14970 Iznájar, Córdoba. jagmw@gmx.com

Fecha de recepción: 26-05-2020. Fecha de aceptación: 18-07-2020.

<http://dx.doi.org/10.30827/CPAG.v30i0.15420>

references to it. Following the policy of having published some of the most important Iberian sites in the northern foothills of the Sierra Nevada, in Granada, we present below the specific study of a site that plays an important role in the territory along with other large known sites such as Peñón de Arruta and El Cardal, related to the exploitation of the metallo-texts of the Sierra Nevada and to the phases of conquest of the territory of what will be the *Colonia Iula Gemella Acci* (present-day Guadix).

Keywords: Protohistory, Iron Age, Romanisation, Iberian, Bastetania.

INTRODUCCIÓN

En junio de 2019 tuvo lugar un simposio organizado por la Asociación Española de Amigos de la Arqueología en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, y que, con el nombre de “La Baja Época de la Cultura Íbera, 40 años después”, pretendía hacer un homenaje al entrañable don Emeterio Cuadrado, rememorando para ello una mesa redonda que había tenido lugar precisamente en 1979. Los organizadores de este evento tuvieron a bien emular en ciertos aspectos la mayor parte de la estructura temática del original, pues se habló de necrópolis, mundo púnico, arte y plástica, ámbito sacro y numismática. Con todo, se notaron algunas ausencias interesantes; el mundo griego, por un lado, no hizo acto de presencia en esta reunión, aunque comprensible dado el giro que ha tomado en los últimos decenios el papel del helenismo en la cultura íbera; por otro lado, la otra gran ausencia, mucho más llamativa, fue la de la ceramología, a la que se dedicaron dos ponencias en su momento (cerámicas indígenas y de importación) y ninguna referencia en la edición de 2019.

Esta omisión, que podría parecer azarosa o fortuita, en realidad responde a un doble fenómeno que está afectando a los estudios de arqueología íbera en los últimos decenios. Por un lado, las publicaciones de impacto, cuya política de trabajos generalistas o de nuevas técnicas aplicadas obvian, cada vez más, los datos arqueográficos. A ello se une un incremento de la complejidad en los procedimientos administrativos para acceder a los informes técnicos de las excavaciones, de lo que se infiere la dificultad para recoger/analizar/revisar datos sobre los cuales construir propuestas distintas a las aceptadas por la Academia, dando la razón a Thomas Kuhn y a Bruno Latour acerca de la forma en que se determina el desarrollo de las formulaciones y modelos de investigación a partir de lo que se considera o no “científico”.

Por ese motivo nos hemos embarcado en afrontar la publicación de las evidencias propias del registro arqueológico, y ofrecerlas a la comunidad para que sea ésta la que pueda en cualquier caso presentar contrapropuestas a las que nosotros defenderemos en el recorrido de nuestro discurso, sin que por ello éste pretenda ser ni monolítico ni lineal.

Otro problema que detectamos es la progresiva desaparición del papel que las comunidades indígenas jugaron en su propio desarrollo a lo largo de los contactos con otras comunidades externas, como la fenicia (véase por dónde van algunas de las últimas propuestas sobre la definición de lo “tartésico”), la púnica (redefinición

de yacimientos y territorios como Carmona, rediseño de la muralla del Cerro de las Cabezas en Valdepeñas), o, más recientemente la romana (reconceptualización de las torres y fortificaciones aisladas, problemas con las imitaciones tipo cerámica gris bruñida republicana). De modo que, poco a poco el espacio de significación de lo indígena se va deteriorando en beneficio de las denominadas “culturas superiores” o, usando un término aún más hiriente, “civilizaciones”. Por ese motivo luchamos por reformular un acercamiento social al valor de lo endógeno, no como paradigma de lo prístino, como sucede en las depreciaciones de ciertas tendencias poscolonialistas, sino como contraposición frente a los fenómenos expansivos y, en gran medida coloniales, de cierto neodifusionismo que subyace en muchas de las interpretaciones que se defienden desde posicionamientos con pretensiones a mayores, pero que no dejan de ser tildables de neohistoricistas.

Por ello volvemos una vez más sobre evidencias de la presencia de poblaciones autóctonas, como son las íberas, entendidas como derivaciones directas de las que se asentaron en este mismo territorio, al menos, desde el Bronce Final en las zonas del sudeste, levante y nordeste peninsular. Todo ello sin ánimo de entrar en polémicas, ni en el sentido de la distinción íbero-turdetano, ni en el origen de las comunidades tartésicas.

La pequeña fortificación que presentamos, se inscribe en el marco de una serie de interesantes poblados que se han ido localizando en las últimas tres décadas en las estribaciones septentrionales de Sierra Nevada, en la provincia de Granada, la mayor parte de ellos relacionados con las explotaciones mineras. El yacimiento se localizó en el sector más oriental de la comarca del Marquesado del Cenete, durante unas prospecciones que algunos de nosotros realizábamos a finales de los años 80, si bien esta zona no fue objeto de prospección sistemática sino selectiva (González *et al.*, 1990).

El entorno es relativamente conocido en época íbera. La zona se sitúa a camino entre la costa y el área central de las altiplanicies granadinas, consideradas en la historiografía tradicional como el área central de la antigua Bastetania, y donde se ubican puntos de carácter urbano de la entidad de *Tutugi* (Galera), *Basti* (Baza) y *Acci* (Guadix). Hacia el oriente, limita con el Pasillo de Fiñana que sirve de contacto con los litorales meridionales y levantinos de la actual provincia de Almería. El Pasillo de Fiñana fue objeto de estudios de poblamiento en los años 80, fruto de los cuales se constató una importante ocupación correspondiente a las fases medio-finales del mundo íbero, con las que asociamos el poblado de La Calera de Dólar.

DESCRIPCIÓN DEL YACIMIENTO

La comarca del Marquesado del Cenete se localiza en el borde sur de la Hoya de Guadix, en el piedemonte de Sierra Nevada, junto al pasillo de Fiñana, que se abre al valle del río Nacimiento. El yacimiento se ubica en una serie de cerros al noroeste del actual casco urbano de Dólar, junto a la llanura del citado pasillo, que presenta una altura media en torno a los 1.100 m de altitud. Este paso natural está

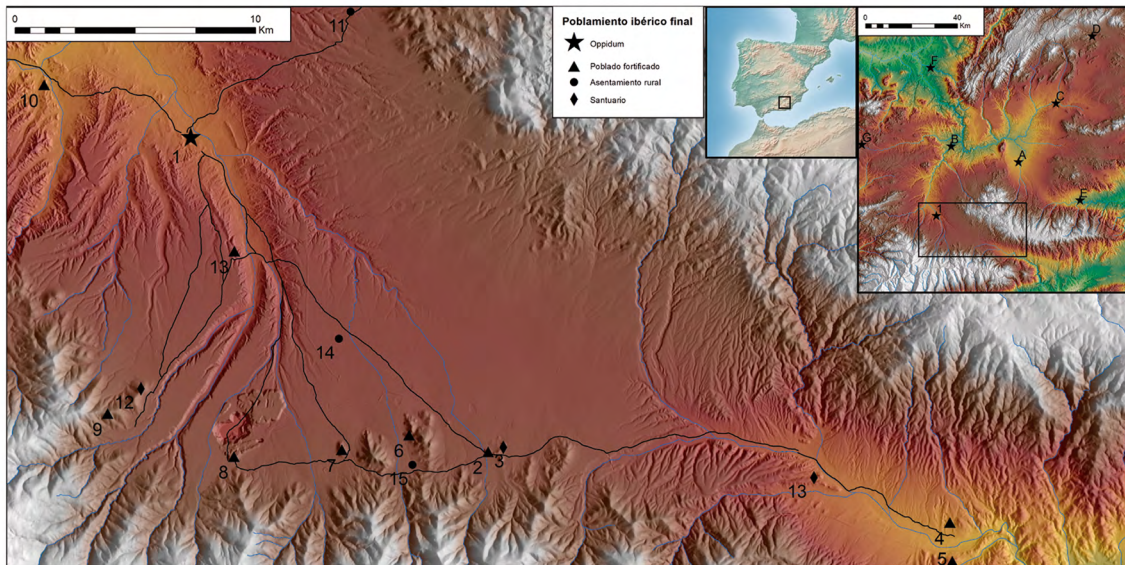


Fig. 1.—Poblamiento tardeoibérico en el Marquesado: 1, Acci; 2, Cerro de La Calera; 3, Los Royos 1; 4, Cerro de Montagón; 5, Castillo de Abla; 6, El Cardal; 7, Castillo de La Calahorra; 8, Castillo de Alquife; 9, Peñón de Arruta; 10, Los Guindos; 11, Fuente Álamo; 12, Ermita de Cogollos; 13, Los Pinos; 14, Aldeire 1; 15, La Cuesta de Los Collares; A, Basti; B, El Forruchu; C, Tútugi; D, Molata de Casa Vieja; E, Muela del Ajo; F, Tugia; G, Cerro de los Allozos. (Elaboración propia).

flanqueado por la citada Sierra Nevada al sur, y al norte por las últimas estribaciones occidentales de la cordillera de Los Filabres, concretamente las denominadas sierras de Baza y Gor.

Desde el punto de vista geológico esa llanura se compone de arcillas rojas y gravas, con ocasionales costras de caliza, de orogenia neógena, mientras que los cerros inmediatos a Dólar, donde se encuentra el complejo arqueológico que presentamos, son afloramientos metamórficos de cloritoesquistos con albita y mármoles cipolínicos o micáceos, que presentan un uso tradicional e industrial para la obtención de cal mediante caleras, que ha motivado el origen del topónimo de lugar.

En concreto, la unidad geomorfológica donde se ubica el yacimiento del Cerro de la Calera se localiza a unos 500 m al noroeste de la población de Dólar (UTM, X: 500.205; Y: 4.115.203, *datum* ETRS89), junto a la rambla del Castañar, en el cerro más occidental de una cadena de tres, compuestos por afloramientos de mármoles cipolínicos que configuran un arco de cuatro cimas antecedida de una quinta situada al sur, donde se encuentra el castillo de Dólar, sobresalientes respecto a una llanura de gravas y arcillas rojas, depositadas como plano aluvial de depósito en glaciais procedente de las erosiones de las laderas de Sierra Nevada hacia el norte y de Sierra de Baza-Filabres hacia el sur, llanuras que en el entorno de Dólar se sitúan a casi 1.200 m.s.n.m. Todos estos cerros han estado ocupados en distintos momentos, como iremos viendo a lo largo del discurso, pero el que

parece haber funcionado en varios momentos como un núcleo principal es el situado más al oeste, conocido como La Calera, y que se eleva unos 40 metros de altura relativa, coronado por una cima amesetada, con fuertes pendientes en sus lados meridional y occidental, y más suaves en las septentrional y oriental. El cerro presenta diversas canteras en su base, especialmente en su lado norte, donde un horno de cal de carácter industrial del siglo pasado todavía subsiste estructural que no funcionalmente, con otros frentes menores en las faldas sur y oeste (fig. 2).

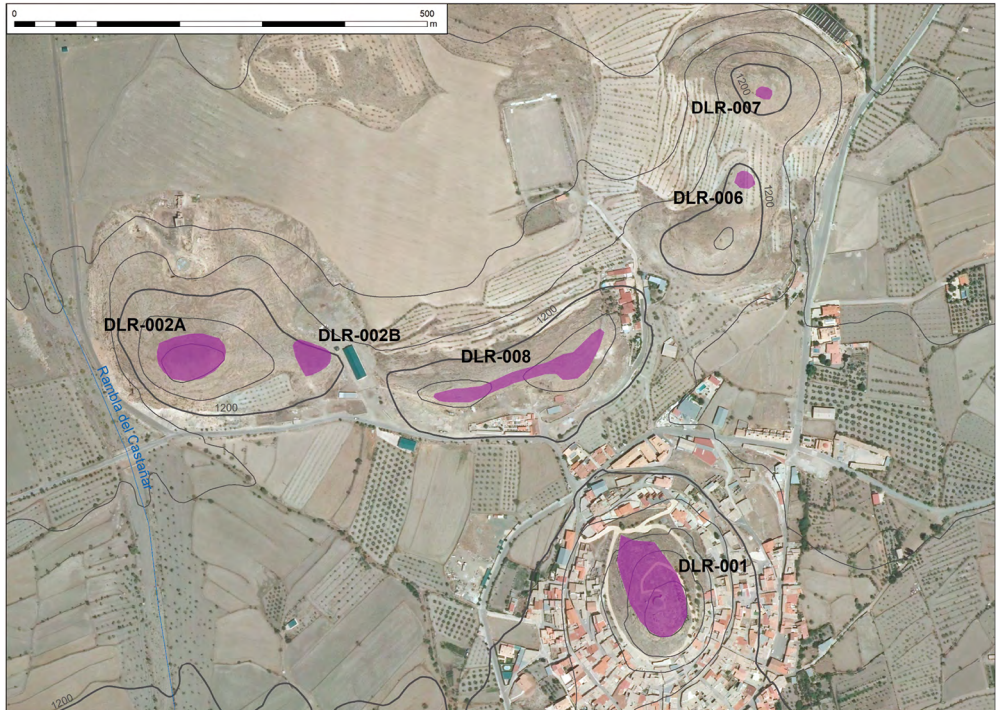


Fig. 2.—Localización de yacimientos arqueológicos en Dólar. (Elaboración propia).

El carácter rocoso de buena parte de la superficie de la cima permite reconocer el área donde se conservan sedimentos arqueológicos (fig. 4A), la cual se divide en dos zonas: una en la corona, de forma oval, que denominaremos como zona A, y una superficie aproximada de 1.500 m² (aunque la dispersión de materiales superficiales alcanza media ha), y otra abajo en el extremo oriental, zona B, de apenas 1.000 m². La zona A presenta una gran cantidad de mampuestos en superficie, entre cuyos derrumbes se reconocen algunas estructuras emergentes, que evidencian la existencia de un recinto amurallado (fig. 3B).

La ocupación de la zona A es multifásica, con una fase calcolítica, que solo reconocemos por algunos fragmentos cerámicos a mano; otra, de época íbera, a la que se asigna la mayor parte del material cerámico aparecido en superficie,

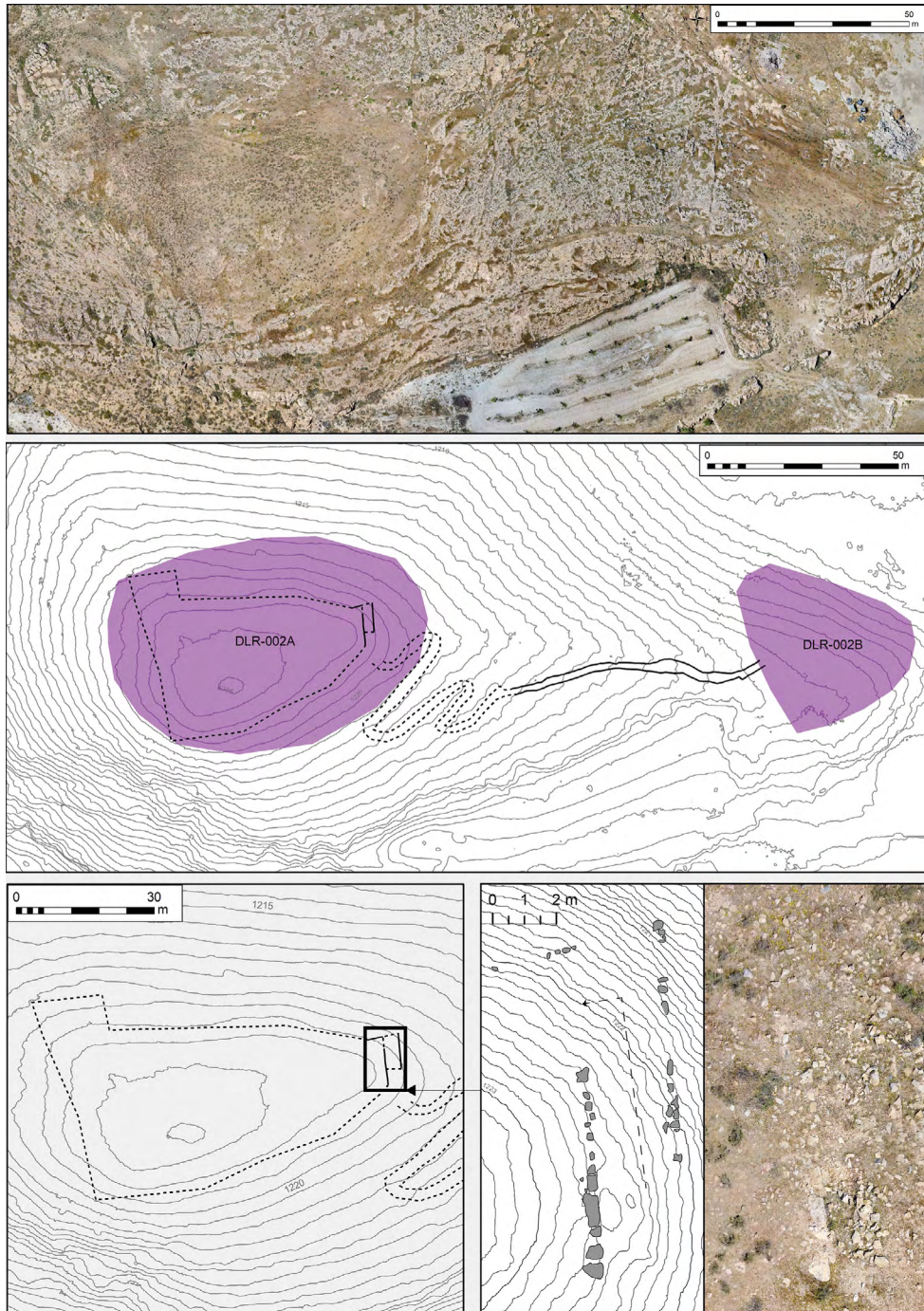


Fig. 3.—A, Ortoplano. B, Delimitación del yacimiento. C, Localización y detalle de las estructuras localizadas. (Elaboración propia).

así como la práctica totalidad de las estructuras emergentes; y otra altomedieval, probablemente de época emiral, evidenciada en escasos restos cerámicos sin que ninguno de ellos presente restos de vidrio. Entre otro material también se observan numerosas escorias, que por su peso y textura bien podrían ser paredes de hornos, así como bloques de adobe parcialmente cocidos.

La zona B, localizada en el extremo oriental del cerro, no presenta una gran cantidad de mampostería en superficie, y no se reconocen estructuras. En esta zona el material poco rodado evidencia una ocupación exclusiva de la Edad del Cobre. Este patrón de asentamiento en dos zonas diferenciadas inmediatas, una de ellas a mayor altura, que suele definirse como fortines, se reconoce en otros yacimientos de la región, como en la Sierra de Baza, con Cerrillo de los Moros y Loma del Colmenar (Caballero, 2014:293-295, 395 y 439) o más al Norte en Puebla de Don Fadrique (Bugéjar o La Higuera) y de los que se suele afirmar que constituirían puntos de vigilancia de zonas de producción o territorios asimilados por medio de la presión previa sobre sus recursos móviles, gracias a la continua amenaza de la fuerza y el pillaje y la integración de sus élites y poblaciones en el sistema de dominio central, mediante la presión ideológica y religiosa (Molina *et al.*, 2004:146).

Entre ambas zonas se encuentra un área del cerro donde predomina la superficie rocosa, lo cual permite reconocer un camino excavado en la roca, actualmente está colmatado de tierra, que asciende serpenteante desde la falda oriental hasta la cima del cerro.

Como decíamos anteriormente, en la misma cadena montañosa conocemos otras ocupaciones, pues cada una de las colinas presenta a su vez una ocupación, aunque contemporáneas todas ellas (o casi) a las tres fases de La Calera. Las dos cimas inmediatamente adyacentes por el Este, con el nombre de Los Royos (fig. 2, DLR-007 y DLR-008), ofrecen escasos restos de cerámica de la Edad del Cobre, pero el nivel de erosión es tan alto que no se observan restos de estructuras emergentes, ni siquiera de sedimentación, lo que provoca que la cantidad de material localizada en ambos casos sea muy exigua, aunque se puede asegurar la coetaneidad de la ocupación de un complejo relativamente amplio cubriendo una superficie total de unas 8-9 hectáreas de un posible poblamiento disperso. Entre estos núcleos se encuentra una vaguada con una extensión de material íbero en una superficie aproximada algo inferior a los 4.000 m² sin estructuras visibles en superficie, y que ya hace tiempo fue considerado un santuario extra muros al aire libre (Sánchez, 2005), por la focalización en el uso de determinados tipos de materiales fundamentalmente platos (fig. 2, DLR-006).

Para terminar, nos encontramos en la retaguardia de este arco un último cerro que forma parte de la misma entidad (la Unidad de Dólar del manto del Mulhacén), un poco más elevado que los demás (1.250 m.s.n.m.), y donde se sitúa el castillo de Dólar, a los pies del cual se extiende la actual población (fig. 2, DLR-001). Dicho castillo, datado a partir del siglo XII, apenas conserva tres torres esquinas, algún posible aljibe, una alberca y pocos muros perimetrales, muy afectado por la construcción reciente de un depósito de agua para abastecer a la población (Martín *et al.*, 1999:149).

El complejo geomorfológico presenta, en su totalidad, una buena visibilidad, especialmente hacia el norte, ya que Sierra Nevada sirve de telón de fondo hacia el sur, mientras que, al este y oeste, los cerros de Dólar y del Cardal, respectivamente, bloquean la panorámica lateral. Al norte se controla la planicie de los Llanos del Marquesado y la vertiente meridional de la sierra de Baza, y hacia el noroeste controla los glaciares amesetados en visera que abocan a los ríos que bañan Alcudía y Albuñán.

Desde el punto de vista hidrogeológico, justo a los pies de La Calera nos encontramos con la rambla del Castañar, una de las más importantes que se forman desde el pico del Chullo a 2.612 m.s.n.m. y que, pasando por la falda occidental, debió servir de abastecimiento principal de recursos hídricos. No hay elementos que permitan identificar la presencia de algún sistema de surgencia de aguas en el mismo afloramiento rocoso que define la unidad geomorfológica de este conjunto. No obstante, desde el punto de vista hidrológico se detecta, en la zona de estos cerros, la existencia de una masa de agua subterránea, aunque su carbonatación es media-alta, pero que nos permite considerar la posibilidad de una relación directa entre este subsuelo y la ubicación de los distintos poblados.

El conjunto geomorfológico se encuentra rodeado de una llanura compuesta, desde un punto de vista edafológico, de cambisoles eútricos atravesados por numerosos fluvisoles del mismo tipo resultantes de los abanicos aluviales que se desarrollan desde las faldas montañosas colindantes. Por tanto, no son suelos particularmente fértiles, presentando importantes carencias para cultivos intensivos, por oposición a los fluvisoles calcáreos de los grandes cursos de agua de esta comarca, que son los suelos agrícolas preferentemente asociados al poblamiento prehistórico y antiguo.

Es posible que, como en la actualidad, desde el pasado y tras un ejercicio previo de deforestación, la zona se dedicase a cultivos extensivos, con algunas huertas y que una parte complementaria y nada desdeñable de la actividad económica de producción básica contase con una potente ganadería. Por desgracia, sin estudios paleoambientales, resulta del todo imposible conocer el alcance de los mismos ni el índice de aportación a la producción de alimentación.

EL TERRITORIO AL FINAL DE LA PROTOHISTORIA

La minería histórica en esta comarca es bastante importante, con numerosas y conocidas explotaciones, sobre todo en su sector central y occidental, decreciendo en el sector oriental (municipios de Huéneja y Dólar), con algunas explotaciones de hierro y mercurio en torno al arroyo del Castañar, en su curso serrano, como las minas del Carmen y de la Umbría¹. Sin lugar a dudas, al menos en esta comarca, es la explotación del hierro la minería metálica más importante, reflejada en los

1. Base de datos del IGME, metalogénica (<http://doc.igme.es/bdmin/>).

ya estudiados yacimientos íberos (Adroher *et al.*, 2017), romanos (González *et al.*, 1997) y medievales (Martín, 2007), además de las más recientes explotaciones como las minas de Santa Constanza o las de Alquife.

En cuanto a los sistemas de comunicaciones, dadas las características orográficas de este territorio predominan las vías longitudinales sobre las transversales, que definen un corredor natural surcado por dos vías principales. Una por el centro, conocida como el camino viejo de Granada, que puede relacionarse con la fosilización de la vía romana de *Acci* a *Alba*, citada en el itinerario Antonino (Rol-dán, 1975; Caballero, 2014:568) y también conocida por ganadería como Cordel de Guadix a Almería, salpicado de numerosas ventas (Malero, Jorge, Vicentico, Vinabre, Ferreira, Rogelia, Moro, Tuerta, Pesetila y Ratonera) que ya en la zona del pasillo de Fiñana deriva en Camino Real. Una segunda, que recorre el Marquesado de oeste a este, comunicando la mayoría de sus localidades, y que termina uniéndose a la anterior en la junta del río Izfalada, ya en provincia de Almería. Y junto al yacimiento nace, como variante, el camino de Dólar a Alcudia, del que contamos con referencia en el *Mapa Geográfico del Reyno de Granada* de Tomás López de 1795².

El registro arqueológico de este territorio arranca en la Prehistoria Reciente; frente a la comarca del Marquesado, en la que contamos con escasos asentamientos calcolíticos, en la zona de Fiñana son mucho más numerosos, debido quizás a que los metalocontextos sulfurosos del cobre en las zonas más orientales de Sierra Nevada permitieran una más fácil recolección del mineral carbonatado en rocas de azurita y, sobre todo, malaquita. En el Marquesado, los restos de cierta entidad más antiguos hasta ahora documentados se adscriben al mundo argárico, con yacimientos como Juan Canal (Maldonado *et al.*, 1991), el Peñón de Arruta y El Cardal (González *et al.*, 2001:202). Sobre el Bronce Final tenemos algunos problemas, ya que ni siquiera es evidente la ocupación durante este período en una zona tan prospectada como el vecino Pasillo de Fiñana. Todo ello en contraposición a una ocupación argárica intensiva en todas las estribaciones septentrionales de Sierra Nevada tanto en Granada como en Almería, de lo que se deduce una transición no continuista entre ambas fases. Entre los escasos ejemplos contamos con el Trance de la Virgen en Esfiliana o El Marchal, a los que unir la peculiaridad de la Cuesta del Negro de Purullena, con su idiosincrática ocupación de origen meseteño de Cogotas. Un caso particular es el casco antiguo de Guadix (López, 2008) en el que encontramos un importante asentamiento con población muy dispersa, en un entorno de unas 15 hectáreas (casco antiguo de la actual Guadix y barrio de San Miguel), donde ya la actividad metalúrgica del bronce era importante (López y Adroher, 2001).

Esta situación, con un núcleo importante en torno a Guadix y, prácticamente, un gran vacío poblacional en su territorio, se mantendría hasta bien avanzada la Protohistoria, cuando en el siglo IV empiezan a aparecer algunos yacimientos íberos,

2. Biblioteca Nacional MR/2/082 1795.

frecuentemente en llano, y con un gran empuje sobre todo a partir de los siglos II y I a.C., antes de la *deductio* de la colonia de *Acci* (fig. 1). Es en ese contexto cuando aparecen una gran cantidad de poblados, como Los Pinos de Esfiliana, y el bien conocido y publicado conjunto de Sierra Nevada, además de algunos de los más importantes en el entorno de Abla (Adroher, 2016). En este período se constata ya una organización del poblamiento coherente, con la reocupación de los anteriores yacimientos (González *et al.*, 1997, 2001:203) y las ocupaciones de los cerros de los castillos de Alquife y La Calahorra, además del yacimiento que presentamos. Esos asentamientos se encuentran todos fortificados, y algunos restos superficiales permiten considerar que la función principal de éstos fue minera (Adroher *et al.*, 2006:631). Frente a ellos, conocidos casi en exclusiva por prospección arqueológica superficial, tenemos un caso que es Aldeire 1, en mitad de los Llanos del Marquesado, que ha sido objeto de una excavación sistemática, pese a lo cual el informe publicado contiene riquísima documentación aprovechable (Ávila y Rodríguez, 2010).

Se trata de un poblado en llano, posiblemente sin fortificar, ubicado en la vía de acceso de Guadix a Fiñana, del que parece que solamente hay una fase de ocupación en torno a un complejo estructural de varias estancias, una de las cuales parece tener carácter central y distribuidor, y que superaría los 21 m², calculados por nosotros de forma poco precisa a partir de una planimetría publicada sin escala (Ávila y Rodríguez, 2010:fig. 3), y una serie de estancias que se distribuirían en su entorno. Un agujero de poste en el sector sureste (E-012) podría hacernos pensar en algo parecido a un porche que abriría la estancia principal anteriormente mencionada hacia el sur, acompañado de dos antas o muros que entornarían dicho porche. Al exterior de esta habitación las autoras hablan de una estructura de grandes dimensiones semicircular, posiblemente documentada de forma parcial, lo que podría recordar quizás a un horno de pan, y que permitiría indicar que ese sector del conjunto estructural sería espacio a cielo abierto. Para la cronología habría que tener en cuenta tanto el material presente como las ausencias acalladas por el informe. En este sentido, los materiales están compuestos por ánforas de borde no muy elevado; cuencos lucerna; caliciformes y platos de borde vuelto no muy afilado; alguna tinaja decorada policroma y, finalmente un interesante grupo de cerámica estampillada (entre la que destaca un rarísimo fragmento de ánfora con perforación en el hombro, Ávila y Rodríguez, 2010:lám. 4, arriba derecha). Se trata, esta última, de una decoración que tiende a desaparecer hacia los siglos II y I a.C. y que, en combinación con la total ausencia de cerámicas de barniz negro (que, en caso de existir, conociendo el comportamiento en la zona, debiera ser Campaniense A), nos permite aventurar que este conjunto se dataría entre los siglos IV y III, quizás primera mitad del siglo II a.C. Nada que ver, por otro lado, con la cronología de Los Pinos, un asentamiento en espigón situado sobre el valle del Zalabí, punto permitía no solo dominar el valle sino el acceso a los llanos de Guadix, que, finalmente, suponían el control de acceso a la minería de hierro en la zona donde ya se asentaba el Peñón de Arruta. Allí, la presencia de un fragmento de soporte Lamb. 4 en gris bruñida republicana, de Campaniense A y de amorfos

de ánforas con pastas pompeyanas (posiblemente Dressel 1A), sin duda nos arroja una datación algo más reciente (González *et al.*, 1990:88).

Esto nos permite consolidar la idea de que a lo largo de los siglos III-I a.C. la minería se va a convertir en el eje productivo más importante del territorio de *Acci*, lo que acabará representando para la nueva situación, consecuencia de la conquista romana, la redimensionalidad administrativa en la frontera entre las Citerior y la Ulterior, cuya traducción más notable es la conversión del núcleo de población indígena más importante de la zona, el *oppidum* íbero de *Acci*, en la *Colonia Iulia Gemella Acci* romana, buscando, esencialmente, el control de la explotación minera de los ricos recursos de las faldas de Sierra Nevada.

Esta situación provoca que en los momentos previos a la presencia romana las comunidades indígenas, aunque pudieran explotar el hierro de una manera más o menos intensiva mediante poblados en altura posiblemente fortificados (seguro en el Cardal, y muy probable en El castillo de Alquife y en la fase íbera del Peñón de Arruta), centran su economía en actividades agropecuarias, como demuestra la intensidad del poblamiento en los valles de los ríos, las zonas más productivas desde el punto de vista de la agricultura, al mismo tiempo que asentamientos en llano controlando las principales vías de acceso, como Aldeire 1. Y es, posiblemente, en este segundo grupo, donde haya que incluir La Calera.

Tras la conquista romana el espacio sufre un importante proceso de territorialización y explotación con un notable incremento poblacional (Salvador, 2011). La distribución de los asentamientos parece señalar que, en gran medida, se abandona la producción y extracción de hierro, que parece bascular hacia otras zonas como la Sierra de Baza, donde el poblamiento de esta época es intensivo (Caballero *et al.*, 2017), centrándose nuestra zona de estudio en la explotación agrícola intensiva de los fondos de valle y extensiva de las llanuras, implementando una discutida centuriación para tal fin (Marín y Gorlat, 1990). Esto explicaría la desaparición de los centros mineros en época romana, pues se desafectan a lo largo del siglo I a.C. los dos únicos poblados mineros cuya actividad conocemos bien, El Cardal y el Peñón de Arruta, sin que parezcan ser sustituidos por otros nuevos. Salvo que consideremos que el desarrollo de la minería es tan enorme a partir de la época de Augusto que se inicia la explotación a cielo abierto de las minas de Alquife, y cuyos restos han podido desaparecer por completo por efecto de la extracción de época moderna.

Tras este momento de expansión que durará todo el Alto Imperio, el poblamiento en la comarca decae y hasta la Antigüedad Tardía no encontramos nuevos asentamientos, que comenzarán a desarrollar un sistema de regadío que culminará en el siglo XII con la fundación de las localidades históricas del Marquesado medieval (Ruiz y Álvarez, 2014:374).

LAS ESTRUCTURAS CONSTRUCTIVAS DE LA CALERA Y COMPOSICIÓN

El conjunto de La Calera no es quizás de los mejor representados arqueográficamente en la zona, pues a diferencia del Peñón de Arruta y del Cardal, apenas

conserva estructuras visibles en superficie, entre otras cosas, posiblemente, porque no fue objeto de excavación por parte del notario Ángel Casas Morales cuando fue designado comisario local de excavaciones en la zona (años 40-60 del pasado siglo XX) lo que le dio pie a intervenir en múltiples yacimientos. Eso ha debido provocar que apenas encontremos restos visibles en superficie, especialmente en relación con los elementos estructurales emergentes.



A



B



C



D



E

Fig. 4.—Cerro de La Calera de Dólar. A, Vista aérea desde el NO; en la parte superior se observa el montículo de sedimento arqueológico bajo el que se localizan los restos del asentamiento fortificado; al fondo, a la izquierda el Santuario de Los Royos. B, Carrilada que asciende hacia el poblado; al fondo, Sierra Nevada. C, Restos del paramento externo de la muralla evidenciados por la acción de expoliadores. D, Perspectiva aérea de la muralla y la posible rampa de acceso al poblado. E, En primer plano, el santuario de Los Royos. (Fotografías autores).

La extensión de material supera las 2,5 hectáreas, la mayor parte de las cuales las ocupa verdadero roquedal (fig. 4A). No obstante, un acercamiento al conjunto nos permite comprobar la existencia de un pequeño promontorio en la parte superior de la corona del cerro marmóreo, con un perfil claramente artificial, amesetado y con un cambio de pendiente marcado en el contacto de la cima con la parte superior de sus faldas, consecuencia de la existencia de una estructura no visible en este remate, que sirve de receptáculo al sedimento al interior del mismo y que, sin duda, fosiliza el trazado de la muralla de época íbera. Esta zona conserva algo de sedimentación, especialmente en la corona y parte de la ladera septentrional del cerro, en una extensión que no supera los 3.500 m² (fig. 3B).

En la meseta superior, encontramos algunos restos de estructuras, casi todos ellos perimetrales, si bien muchos de ellas no son fácilmente identificables. En el extremo oriental encontramos dos muros paralelos, orientados norte-sur (fig. 3D). El más externo no alcanza los 6 metros, compuesto de mampuestos de tamaño mediano a pequeño, no más de 35 cm de longitud máxima, ligados con tierra.

En paralelo a este primer muro encontramos otro de mayor entidad, desarrollado a 2,7 m del anterior, estructurado con bloques (en vez de mampuestos) de piedra local (calizas, mármoles y esquistos), algunos de los cuales pueden alcanzar casi un metro de longitud por algo más de 0,40 de anchura y otro tanto de altura; generalmente están dispuestos a soga; se conserva solamente una hilada de estos bloques que han podido ser analizados como consecuencia de un expolio que debió haberse producido hace tiempo en este punto y que deja parcialmente visible la estructura. La argamasa de unión también parece haber sido de tierra, como en el caso anterior. Estos muros se desarrollan en piedra hasta una altura imprecisa de zócalo, pero sin duda la gran cantidad de adobes localizados especialmente en la ladera septentrional nos permite aventurar la propuesta de que la elevación de los muros utilizaría este material de construcción para la elevación de los mismos (fig. 6C).

A lo largo de la superficie de la corona se pueden detectar algunos restos más de estructuras, pero con muy poco desarrollo horizontal; ninguna de ellas presenta la entidad de la primera que hemos descrito, pero permiten identificar el desarrollo de la construcción, o, al menos, sus límites, ya que no podemos en absoluto hacernos la más mínima idea de la distribución urbana interna.

Para reconstruir el perímetro de la fortificación hemos considerado así la distribución de los muros, a lo que añadimos algunas acumulaciones de piedras tamaño mampuesto medio que podrían permitir identificar posibles proyecciones de las defensas del poblado.

De esta manera acabamos por diseñar una estructura hexagonal, relativamente simétrica en sentido este-oeste; esta figura geométrica estaría compuesta por dos partes, una prácticamente rectangular en la zona más occidental y otra trapezoidal en el lado opuesto. La existencia de una concentración anómala de piedras a modo de majano en la ladera noroccidental nos permitiría, tal vez, apostar por un añadido en forma de torre maciza y angular en este sector. De ser así este modelo tendría

un claro paralelo en el Cardal, del que se separa por poco menos de 3 kilómetros y medios en línea recta (fig. 3C).

Esta torre estaría diseñada para controlar el mayor campo visual posible, hacia el norte y oeste del poblado, donde el campo visual es notablemente mayor. La existencia de este tipo de elementos poliortocéticos es relativamente frecuente en los pequeños poblados fortificados del altiplano granadino. No sólo tenemos el caso del ya mencionado Cardal, sino también el del Cerro del Almendro; en ambos casos hay una sola torre y ésta se diseña como simple proyección de la fortificación hacia la zona de mayor visibilidad, al noroeste en el Cardal y al Oeste en el Almendro. Otros no lo presentan, o bien no han sido localizados como Los Castellones de Laborcillas, Las Angosturas de Gor o Fuente Amarga de Galera. La existencia de varios bastiones distribuidos a lo largo de las defensas solamente se detecta en los *oppida*, como *Basti* (Baza), *Tutugi* (Galera), Molata de Casa Vieja o Cerro de la Cruz de Bugéjar (ambos en Puebla de Don Fadrique).

De ser cierta nuestra propuesta nos encontraríamos con una fortificación con un perímetro de 185 m que encerraría un poblado de 1.700 m², sin que sepamos nada de la distribución interna. La longitud máxima de este hexágono es de unos 55 m, anchura en la parte rectangular de 36 y en la sección trapezoidal una media de 26 m. El paño de muralla más occidental tendría un desarrollo total de 44 metros, pero englobaría la torre que en ese punto sería una simple proyección de la muralla, para luego presentar un frente de 12 m al norte y un recorte en ángulo de 7 m y medio (fig. 3B).

Respecto al acceso hay que plantear en primer lugar el desarrollo del elemento constructivo más interesante hasta ahora documentado.

En la zona B del yacimiento se inicia un camino recortado en la roca, con un desarrollo total de casi 100 metros a lo largo de la falda oriental del cerro, y una anchura variable entre 1,80 m y 2,20 m; la pendiente no supera el 10% (fig. 5A). En la zona más alta el lado meridional del camino desaparece, aunque el límite norte permite reconocerlo en otros 40 m, con lo que el acceso al recinto de la zona A debía realizarse por su ángulo sudoriental. Tanto la anchura como la pendiente del camino son compatibles para el tráfico de carros, puesto que el camino de Castellar de Meca, por ejemplo, tiene una pendiente media del 11,4% (Broncano y Alfaro, 1990), algo mayor que la de éste.

El problema efectivamente es que el carril se pierde casi por completo por la alta erosión sufrida; sin embargo, si proyectamos el último tramo visible del mismo hacia la corona, veremos que inicialmente parece proyectarse hacia la ladera sur, pero rápidamente podría girar a la derecha en un ángulo de unos 100 grados para subir por un posible recorte en la roca y llegar de esta forma a una explanada situada al pie del extremo oriental de la fortificación (fig. 3A). Es en este punto, en que vemos los dos muros paralelos, donde el más interno es sin duda el de la muralla en sentido estricto, mientras que el otro corre paralelo solamente un tiempo. Nos planteamos que, de esta manera, podríamos contar con el acceso al poblado, preparado para carros mediante una rampa, compuesta de un murete de delimitación (el más oriental) mientras que en el lado izquierdo del acceso ten-

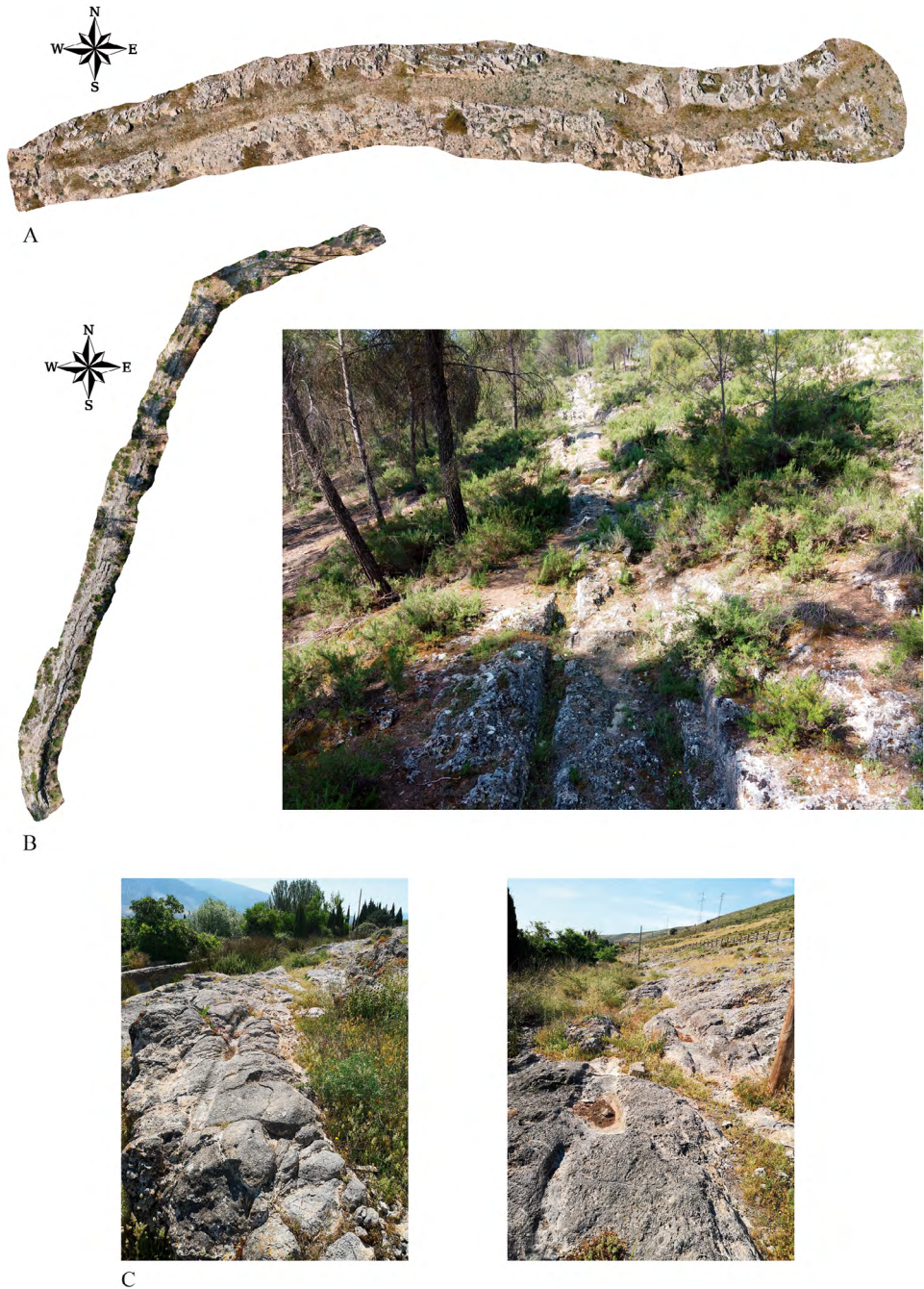


Fig. 5.—A, Ortofoto de la carrilada de La Calera (Dólar). B, Izquierda, ortofoto de la carrilada del yacimiento de El Canal (Albolote); derecha, perspectiva de la pendiente de la carrilada (elaboración propia). C, Restos de la carrilada del yacimiento de Los Molinos de El Padul. (Fotografías Carmelo A. García Campoy).

dríamos ya la muralla en sentido estricto. De este modo se entraría en paralelo a la muralla para luego dar un giro de 90 grados a izquierda y penetrar finalmente en el poblado (fig. 3D), proyectando una carrilada de hasta 150 metros (fig. 3B). De ser así este poblado debería tener una estructura central de una calle a cuyos lados se distribuyeran las dependencias de todo tipo que se situasen en el interior. No se trataría, no obstante, de un poblado de calle central como el Almendro, porque tampoco tiene tanto espacio para ese tipo de desarrollo urbanístico.

Las carriladas no son muy frecuentes, y cuanto menos resulta compleja su datación, salvo que estén contextualizadas de forma clara. En la provincia de Granada contamos con dos ejemplos más. El primero de ellos es de la villa romana del Cortijo del Canal (fig. 5B). Están recortadas en el acceso desde el lugar de hábitat a la parte superior de una visera de piedra travertina explotada en una cantera de época romana altoimperial (Orfila *et al.*, 1999).

El otro ejemplo granadino está situado en la población de El Padul, asociado a un asentamiento íbero y romano, conocido como Los Molinos (Adroher *et al.*, 2002:143). En este caso el recorrido conocido es más largo, alcanzando algo más de 300 m (fig. 5C); las carriladas se conservan bien en algunos puntos, excavadas en las rocas calizas del terreno, la separación entre pisadas es de 1,60 (anchura de eje), y cada pisada tendría una anchura de huella de 10 cm. Su datación no es muy clara, ya que existiendo tanto niveles íberos como romanos en el poblado parece poco probable que pudiera asegurarse su datación en uno u otro momento.

En el plan de elaboración de las normas subsidiarias de Requena se menciona la presencia de unas rodela con un recorrido de más de 100 m, situadas en el paraje conocido como la rambla de Alcantarilla y que se asociarían con el vecino poblado íbero de La Muela de Arriba. Al mismo momento se asocian las del Castellar de Meca en Áyora, datables en época plena o tardía del mundo íbero, con unos entalles en la roca realmente espectaculares (Broncano y Alfaro, 1990).

Otros ejemplos, aunque no publicados, son Los Balsares y Aigua Amarga en Alicante, el Pla del Moro de Caudete (documentas en una intervención de urgencia) o Cova Tella en La Pobla de Vallbona. No es este el lugar para hacer un listado exhaustivo, pero al menos quisiéramos llamar la atención sobre los casos existentes para poder realizar, más adelante, un estudio pertinente en este sentido.

LOS MATERIALES

Encontramos como decíamos anteriormente que tenemos tres fases de ocupación, una calcolítica, una protohistórica y otra medieval.

La fase de la Edad del Cobre está representada por un conjunto muy numeroso de fuentes amplias hechas a molde de cestería, algunas de las cuales presentan restos de impresión de la misma; algunos de los bordes son prácticamente planos y gruesos; junto a ellos encontramos cuencos y alguna olla (fig. 7:1, 2, 3, 6 y 7). La total ausencia de materiales campaniformes y la abundante presencia de fuentes de borde engrosado nos aventuran una cronología avanzada en calcolítico,

posiblemente en la primera mitad del III^{er} milenio a.C. Los otros dos puntos donde aparece material contemporáneo a esta fase han ofrecido muy poco material y altamente erosionados que, aunque suponen la posibilidad de ocupación del espacio, no permiten ni siquiera una descripción pormenorizada del mismo.

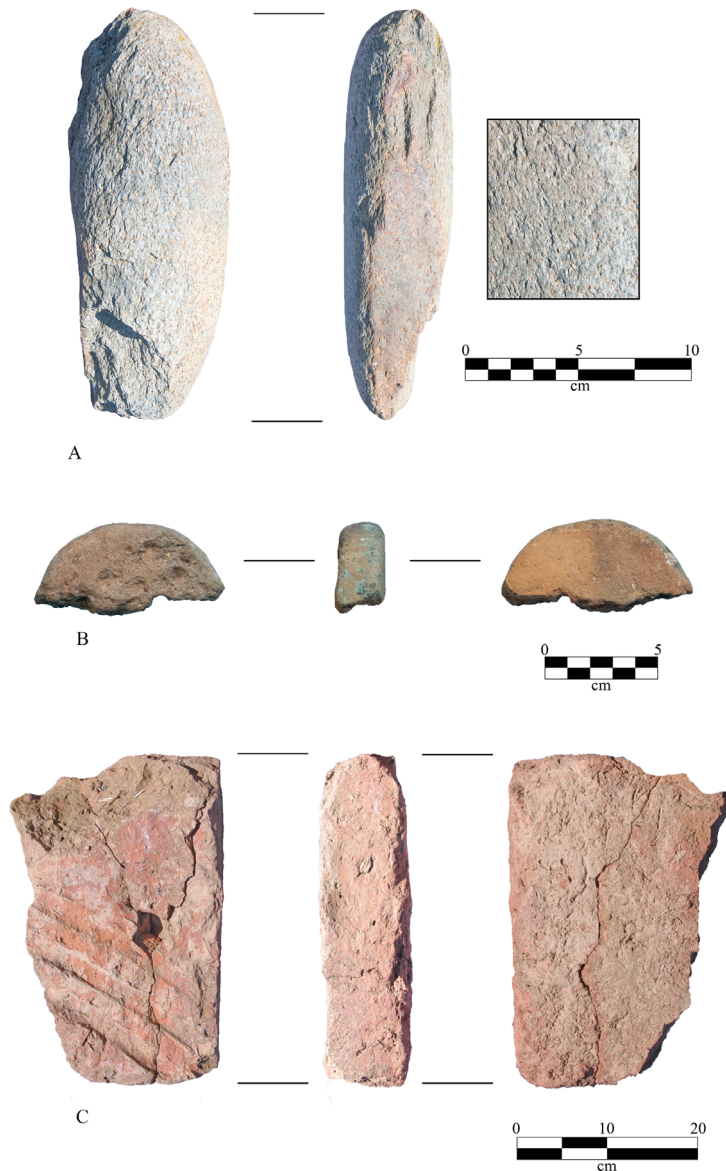


Fig. 6.—A, Mano de moler y detalle de la superficie de fricción. B, Pesa de telar de la Edad del Cobre. C, Adobe con marca. (Elaboración propia).

Una segunda fase corresponde a la Protohistoria. En este caso hay dos puntos donde han aflorado materiales de esta época: el poblado propiamente dicho y la zona del santuario.

En el poblado encontramos, lógicamente, una mayor variedad de productos cerámicos. En el ámbito de los conjuntos vasculares de clases finas solamente está representada la cerámica íbera pintada, de la que contamos con tres fragmentos amorfos. Dos de ellos pertenecen a vasos de cierta entidad; decorado uno con cuartos de círculos concéntricos y otro con aguadas; un tercer fragmento, perteneciente a un vaso más fino y cerrado. Este último presenta una decoración figurada monocroma, con una banda de cuatro dientes de lobo bajo la cual parece existir una figura zoomorfa, posiblemente una cabra, de la que se conserva la cabeza y un cuerno, además del resto adelantado de una rodilla doblada como ofreciendo una postura en carrera o salto (fig. 7:37). El modelo decorativo es completamente ajeno al territorio bastetano, relacionándose, posiblemente, con los contextos de producción de la zona de Elche-Archena, donde la figuración animal es relativamente frecuente.

El conjunto de la cerámica común es, de lejos, el más abundante. De las formas contamos con cuencos de borde recto divergente y perfil tenso (fig. 7:28-33), muy frecuentes, casi al mismo nivel que los vasos caliciformes o de perfil en “S” (fig. 7:26-27). Un segundo grupo es el de las urnas y jarras, distinguibles solamente por el diámetro, sin que podamos decir gran cosa; se trata de bordes engrosados, y vueltos, de sección subcircular, raramente cuadrangular (fig. 7:16-21). Además, tenemos dos ejemplos de una gran urna (fig. 7:3) y de un lebes (fig. 7:15). También documentamos un fragmento de borde de plato de borde vuelto (fig. 7:34). Registramos, por otro lado, varios fondos, todos ellos excavados, y que presumiblemente se corresponderían con formas abiertas. Para terminar, contamos con un borde alto recto y divergente que muy probablemente forma parte de un tonelete o barrilete (fig. 7:14).

Finalmente, tenemos algunos elementos anfóricos, aunque muy escasos, con solo cuatro fragmentos de bordes: uno de ellos muy recostado, pero de sección subtriangular (fig. 7:13); dos elevados verticales, uno de ellos francamente alto (fig. 7:10) y, finalmente, un fragmento con una arcilla impropia de estos terrenos, y muy vertical; estimamos que este último se podría asociar a un tipo púnico T-8.2.2.1, si bien la arcilla no parece proceder de la zona gaditana. Por consiguiente, entendemos que muy probablemente proceda de talleres aún por detectar en las costas malagueña, granadina o incluso almeriense (fig. 7:11).

La fase medieval se compone por muy pocos fragmentos, entre los que contamos algunos ejemplos de cerámica de torneta o a mano que se observan en superficie, fácilmente distinguibles de los calcolíticos por su textura, ligeramente más porosa, y su color, con tonalidades más rojizas en la superficie. Ninguno de los detectados parece corresponderse con tinajas; entre la cerámica a torno prevalecen las ollas, de arcillas toscas y tonalidades que van al marronáceo, muy duras y con desgrasantes locales (esquistos, mica, cuarcitas) bien visibles. Las ollas son frecuentemente de borde vuelto engrosado, con hombros redondeados (fig. 7:39-41) salvo un caso,

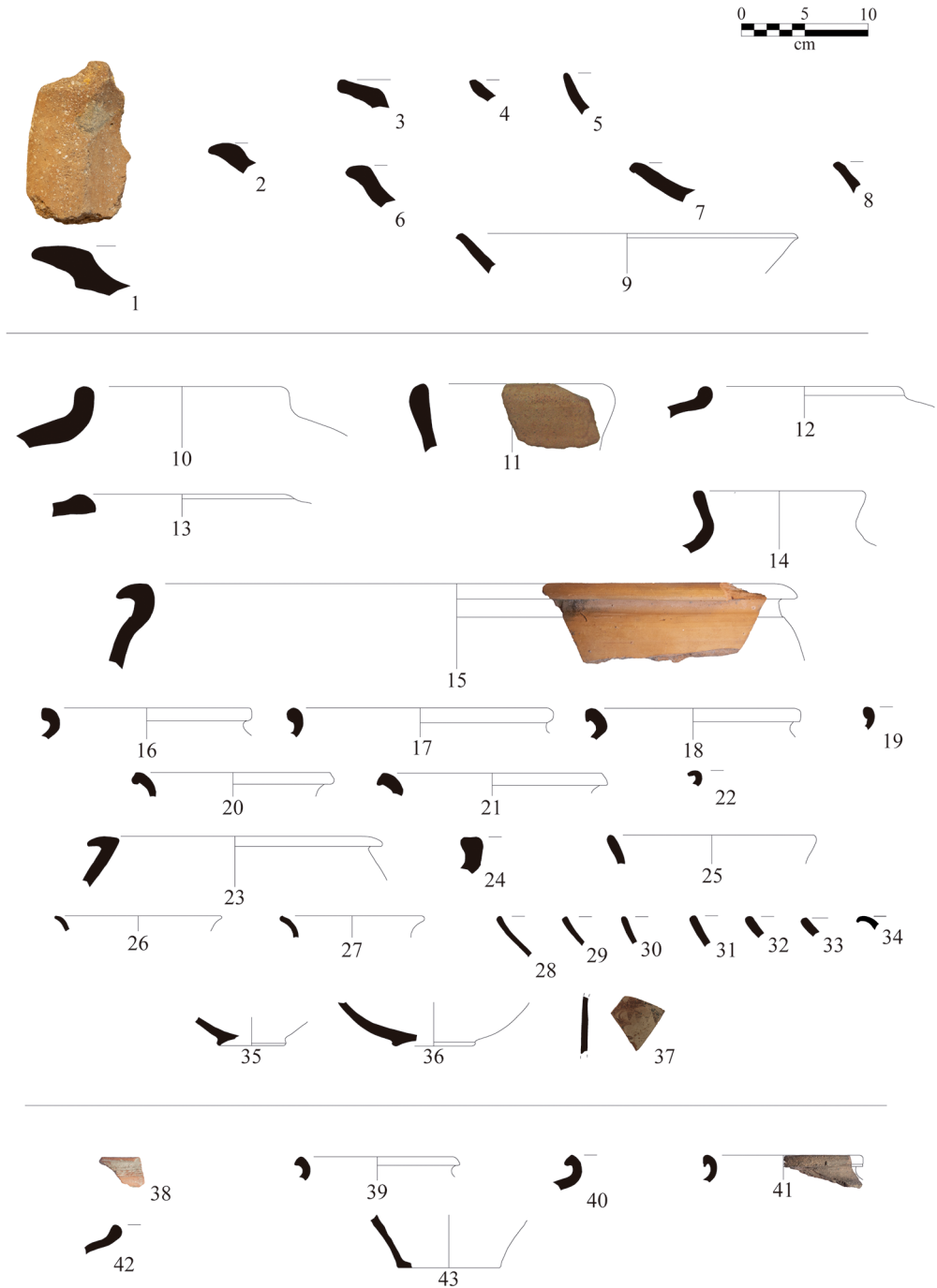


Fig. 7.—Cerámica documentada en el poblado fortificado de La Calera de Dólar (DLR-002). Edad del Cobre: 1-9; fase íbera: 10-37; fase medieval: 38-43. (Elaboración propia).

cuyo hombro es lineal descendente con una serie de incisiones en paralelo en el sentido de revolución del torno (fig. 7:38); el borde, en este caso, es recto vertical engrosado en sección triangular al exterior. No se ha documentado ni cerámica con pinturas digitales, ni vidriada, lo que nos permitiría establecer que la ocupación de esta fase se centraría en la fase emiral.

En cuanto al material no vascular se observan en superficie restos de algunos molinos barquiformes de micaesquistos, que pudieron haber sido utilizados en cualquiera de las tres fases detectadas en el yacimiento, una mano de molino muy desgastada por una de sus caras (fig. 6A), muy oblonga de unos 15 cm de longitud máxima por una anchura entre 4 y 7 cm. Correspondiente a la fase calcolítica se localizó un fragmento de la parte superior de una pesa de telar circular (fig. 6B), en la que se aprecia una de las dos perforaciones características de este tipo. Por lo que respecta al material edilicio, se detecta numerosos fragmentos de adobes, especialmente en la vertiente septentrional de la cima, alguno de ellos muy consistente lo que nos hace pensar en que pudieran estar, al menos en algunos casos, parcialmente cocidos, fruto de una cuestión tecnológica o fruto del azar por incendio o cualquier otro elemento relacionado con la afección de tensión térmica elevada. El más completo de ellos permite ver una decoración de tres incisiones digitales transversales en uno de los lados planos (fig. 6C). Finalmente, tal y como sugerimos al principio, encontramos algunos fragmentos de escorificaciones, pero, debido a su reducido peso, posiblemente se traten de restos de arcilla sobrecocida por pertenencia a las paredes de un horno.

Fuera de este núcleo, en las lomas colindantes, donde también se han documentado restos materiales, éstos son muy escasos en los que corresponden al calcolítico, y solo podemos destacar una olla en el caso de Los Royos 2, y material informe en ambos.

Muy distinto es el caso del santuario al aire libre asociado a este poblado, donde se ha documentado abundante material cerámico en superficie, muy fragmentado, como suele ser frecuente en este tipo de contextos (Sánchez, 2005). El material, repetitivo, se centra en la presencia de platos del todo coetáneos a los de La Calera, de bordes rectos divergentes muy tensos, y de pequeños vasos caliciformes. La única diferencia es la presencia de un cuenco de borde entrante decorado con bandas pintadas monocromas al interior (fig. 8).

DISCUSIÓN

Hay dos aspectos fundamentales a desarrollar en relación con el conjunto íbero de La Calera: su cronología y su funcionalidad.

Respecto al primero podemos asegurar que, desde la Edad del Cobre, el conjunto de cerros en el entorno de Dólar aparece despoblado hasta la Protohistoria. En ese momento aparece un asentamiento fortificado de pequeñas dimensiones.

En lo que atiene a cuestión funcional la presencia de un carril que permite el acceso a vehículos rodados permite suponer un papel de centro distribuidor de

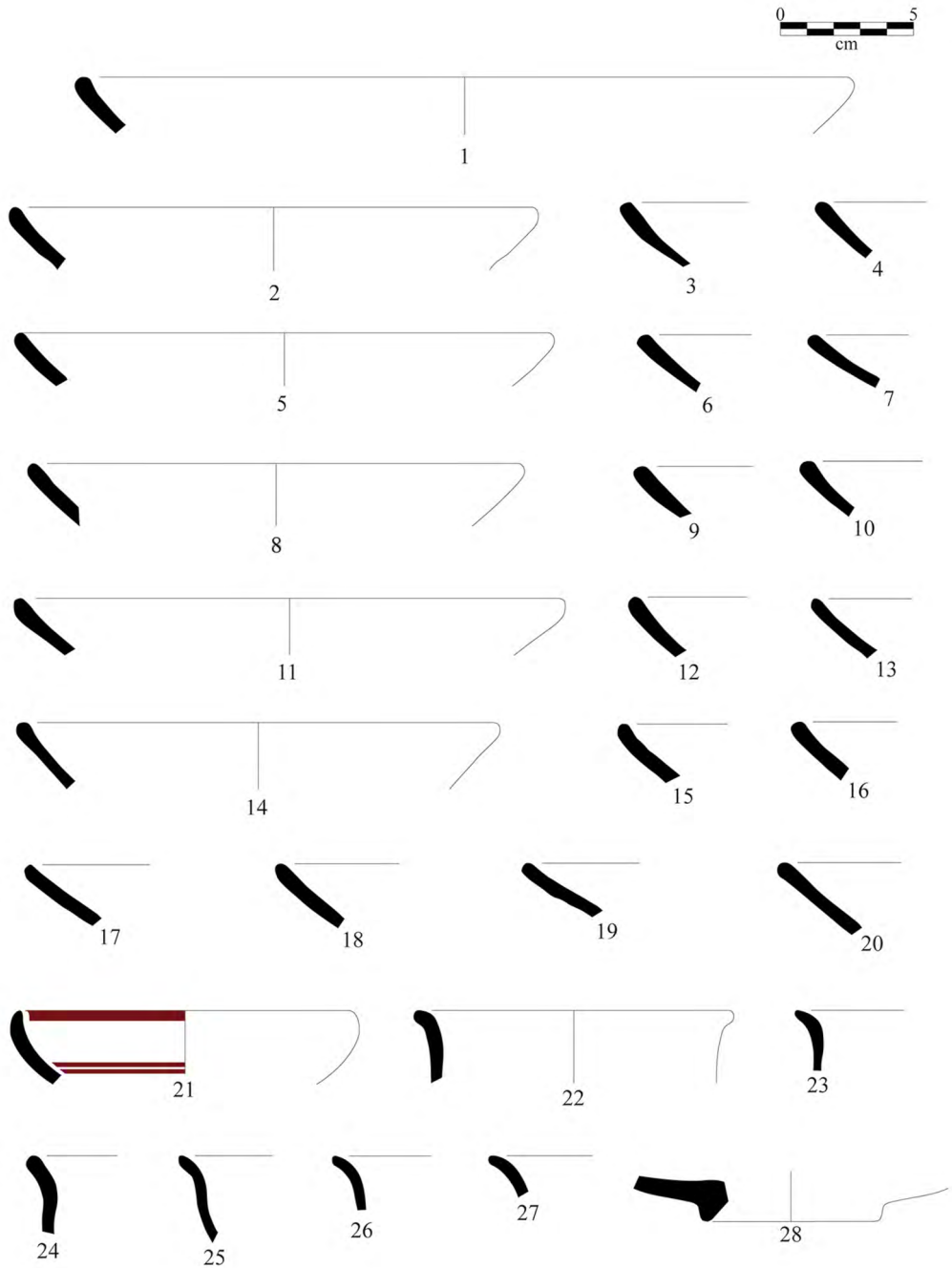


Fig. 8.—Cerámica documentada en el santuario de Los Royos (DLR-006). (Dibujos Amparo Sánchez Moreno).

bienes de consumo, quizás en la línea del control de caminos entre la zona de dos puntos urbanos relativamente importantes como *Acci* al Oeste y *Abula* al Este. No son frecuentes los poblados que tengan facilitado su acceso hasta este punto a carros; por tanto, no nos encontramos con una estación secundaria, al menos en lo que se refiere a su entidad, al aparecer en altura y fortificado, a diferencia de Aldeire 1, y además de poseer su propio santuario. Su papel en una red de establecimientos interconectados entre sí en las rutas comerciales del sureste y la Alta Andalucía se vería reforzado por dos elementos: en primer lugar, por la inusitada cantidad de piezas discoidales (posiblemente vinculadas al comercio) localizadas en el Montagón (Moreno y Adroher, 2019), un yacimiento situado en este eje y, en segundo lugar, por la presencia del yacimiento de Aldeire 1 que, siempre y cuando asumiéramos que pudo haber jugado el papel de almacén, reconocible, tal vez, en las dimensiones de su estancia central, serviría para determinar la presencia de espacios de postas en los caminos de distribución que rodaban esta comarca.

No obstante, para conocer la entidad, de este complejo protohistórico, aún queda localizar la necrópolis. Lamentablemente, y a pesar de haber prospectado intensivamente los alrededores, no ha aparecido ningún elemento que permita detectar su ubicación. Ello se debe, quizás, a la escasa entidad demográfica de este asentamiento, lo que implicaría, además de la pervivencia de pocos restos arqueológicos, un espacio funerario pequeño, dificultando, más si cabe, su localización.

Una importante diferencia con respecto al resto de los asentamientos de época íbera y romano republicana localizados en la comarca del Marquesado del Cenete, es que La Calera se ubica en la parte del territorio donde los contextos metalogénéticos parecen ser más débiles, sin que parezca que se haya desarrollado ni siquiera minería metálica histórica. Esto, unido a la casi total ausencia de restos de escorificación metálica como los localizados en Peñón de Arruta, castillo de Ferreira o El Cardal, implicaría que la explotación del hierro que no debió jugar un papel esencial en la ubicación del yacimiento, independientemente de que pudiera o no explotarse este mineral de manera puntual.

En este orden de ideas, es importante incidir en que tan sólo conocemos tres asentamientos íberos ubicados en esta zona y que no tengan una relación directa con esta actividad; dos de ellos están en llano, el primero, apenas un kilómetro al sur del Cardal, La Cuesta de los Collares, localizado en prospección y que presenta una datación espaciada entre los siglos IV y II a.C. Dicho yacimiento se encuentra abocado a las llanuras formadas por el valle del Barranco Hondo, lugar donde sin duda las actividades agropecuarias serían las esenciales. Es posible que fuera un poblado subsidiario del Cardal (este último sí destinado a minería), y que compartiese con él el santuario que está a medio camino entre ambos. El otro ya lo hemos mencionado con anterioridad, Aldeire 1. Pero al no saber el papel que jugó el primero no sabemos si podemos o no incorporarlo a la red comercial y de comunicación que se establecería en la zona, aunque parecería lo más probable.

Volviendo sobre cuestiones cronológicas, las fases protohistóricas de La Calera son compleja de determinar, especialmente teniendo en cuenta que hablamos de un estudio de material procedente de unas prospecciones superficiales realizadas hace

casi tres décadas. De todas formas, algunas visitas y comprobaciones permiten, en líneas generales, establecer una serie de puntos de partida. Entendemos que este poblado formaría parte de la cadena existente en el ámbito de las estribaciones septentrionales de Sierra Nevada, formado por un conjunto nada desdeñable de pequeños asentamientos con ocupación íbera, que, de oeste a este son: Peñón de Arruta de Jéres del Marquesado, Cerro del castillo de Alquife, Cerro del castillo de La Calahorra, El Cardal de Ferreira, La Calera de Dólar, Cerro del castillo de Abla, y Montagón de Abla.

Todos ellos tienen ocupación de la fase plena o final, es decir, básicamente entre los siglos V y I a.C. Sin entrar en detalles, algunos perduran y otros no, e incluso de algunos de ellos difícilmente podremos precisar nunca su datación (Ferreira y La Calahorra). Por tanto, entendemos que nos podemos guiar no solo por la presencia de material sino por las ausencias que se detectan respecto a los otros yacimientos de esta cadena.

Para empezar, no hay mucho material entre el recogido en la Calera que proporcione una cronología muy precisa. Las cerámicas íberas con decoración figurada suelen entroncarse en contextos relativamente tardíos, normalmente entre los siglos III y I a.C. En cuanto al ánfora púnica T-8, la tipología de Joan Ramon nos propone una datación imprecisa entre los siglos IV y III a.C. (Ramon, 1995:225-226). Las ánforas de tipo ibérico no se corresponden con las series más tardías propias de la zona, con el borde redondeado aplastado, siendo relativamente altas, lo que nos lleva a un siglo IV-II a.C. (Adroher y López, 2000). Los cuencos y los platos son también interesantes, pues no encontramos ni las carenas características de las fases más recientes de los siglos II y sobre todo I a.C. en la pared posterior de los platos, en su parte superior, y que indican ya un influjo claramente romano, ni platos de borde vuelto muy fino, también presentes en contextos muy tardíos, como en *Iliberri* (Adroher *et al.*, 2001:fig. 5.2).

Como comentamos anteriormente no solo hay que tener en cuenta los materiales presentes, sino que las ausencias también son indicativas. No hablamos de ausencia en tanto un absoluto, sino de aquellas que sabemos que están siendo utilizadas y que se han documentado en yacimientos coetáneos de este territorio. Por ejemplo, no aparece ni un solo fragmento de campaniense A, ni de ánforas itálicas con pastas pompeyanas, ni gris bruñida republicana, lo que eliminaría por completo la posibilidad de que La Calera tuviese ocupación posterior a la mitad del siglo II a.C.

Este territorio, además, no es ajeno en absoluto a las mercaderías mediterráneas; en Guadix hay ánforas fenicias T-10 y engobe rojo fenicio, en toda la comarca aparecen cerámicas griegas tanto de figuras rojas como de barniz negro, y desde luego a partir de este momento siguen apareciendo materiales exógenos: hay ánforas itálico republicanas, rodias, púnicas, barnices negros universales, cerámica de paredes finas, hasta en los más pequeños poblados, lo que las convierte en elementos exponentes de primera magnitud, por lo que su presencia/ausencias es muy indicativa respecto a las cronologías en materiales de superficie.

Por este motivo propondremos una cronología para La Calera que abarcaría desde la segunda mitad del siglo IV a la primera mitad del siglo II a.C., como datación más amplia que pueda definir la ocupación protohistórica del poblado.

Es cierto, por otra parte, en relación a la cronología, que las pocas estructuras visibles en superficie podrían corresponder a cualquiera de las tres fases de ocupación del cerro; sin embargo existen una serie de argumentos favor de que correspondan al momento íbero; en primer lugar que se trata del momento que ha dejado más restos materiales en la cima de la unidad geomorfológica; segundo, que parecen guardar ciertos criterios entre sí de orientación y ortogonalidad, y que, en caso de haber sido utilizado en la Edad Media, es muy probable que se hayan mantenido las delimitaciones del poblado íbero, fosilizándolas, en forma de muralla o cerca así como la orientación general de las estructuras en el mismo, como parece haber sucedido en El Cardal. Además, estamos convencidos que no se trata de estructuras del Cobre pues ninguna de ellas conserva una mínima curvatura que nos permita considerar su relación con las características cabañas circulares que se adoptan en el III milenio a.C. como sucede en yacimientos contemporáneos próximos (Malagón de Cúllar o el Cerro de Juntas de Abla). Por este motivo hemos considerado oportuno proponer una reconstrucción de la planta de la fortificación a partir de los escasos restos localizados en superficie.

Somos conscientes de que en un estudio de superficie no pueden hacerse más que presunciones, que rozan la delgada línea roja existente entre las propuestas hipotéticas y la especulación, pero entendemos que una apuesta arqueológica sin propuestas interpretativas no deja de ser mera arqueografía positivista; de modo que, aunque pudiéramos pasarnos al lado oscuro de la interpretación sin base e ir demasiado lejos, hemos intentado, en todo caso, basar cada una de nuestras propuestas en las evidencias tal y como las entendemos dentro del registro arqueológico, contando con los datos empíricos, pero sin dejarnos tampoco controlar por la estadística como medio de interpretación, puesto que, como decían Les Luthiers "... de cada diez personas que ven televisión, cinco son la mitad".

BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER, A.M. (2016): "Arqueología en torno al territorio romano de Abla (Almería)", *El mundo romano de Abla (Abla-Almería). Administración, sociedad y economía* (A.J. Ortiz, coord.), Almería, pp. 39-78.
- ADROHER, A.M. y LÓPEZ, A. (2000): "Ánforas del tipo ibérico en las depresiones intrabéticas granadinas", *Revista de Estudios Ibéricos* 4, pp. 105-150.
- ADROHER, A.M., CABALLERO, A. y BARTUREN, F.J. (2001): "Materiales. La cerámica", *Excavaciones arqueológicas en el Albaicín. I. El Callejón del Gallo (Estudios sobre la ciudad ibérica y romana de Iliberri)* (A.M. Adroher y A. López, eds.), Granada, pp. 87-105.
- ADROHER, A.M., LÓPEZ, A. y PACHÓN, J.A. (2002): *Granada arqueológica. La cultura ibérica*, Los libros de la Estrella 11, Granada, Diputación provincial.
- ADROHER, A.M., CABALLERO, A., SÁNCHEZ, A., SALVADOR, J.A. y BRAO, F.J. (2006): "Estructuras defensivas tardorrepublicanas en el ámbito rural de la Bastetania", *Producción y abastecimiento en el ámbito militar: arqueolo-*

- gía militar romana en Hispania II* (A. Morillo, coord.), León, pp. 625-638.
- ADROHER, A.M., GARCÍA, C.A., GONZÁLEZ, J.A., PEREGRÍN, E. y SOL, J.F. (2017): “Minería Ibérica en Sierra Nevada (Granada) y su perduración en el paisaje actual: El complejo arqueológico de El Cardal (Ferreira)”, *Presente y futuro de los paisajes mineros del pasado. Estudios sobre minería, metalurgia y poblamiento* (L.J. García, L. Arboledas, E. Alarcón y F. Contreras, eds.), Granada, pp. 341-353.
- ÁVILA, R. y RODRÍGUEZ, I. (2010): “Intervención arqueológica preventiva en el yacimiento de Aldeire 1 (T.M. de Aldeire, Granada) en el proyecto de construcción de una planta solar térmica”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 2006*, Sevilla, pp. 1652-1662.
- BRONCANO, S. y ALFARO, M. (1990): *Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de El Castellar de Meca (Ayora, Valencia)*, Excavaciones Arqueológicas en España 162, Madrid.
- CABALLERO, A. (2014): *Vías de comunicación en las comarcas de Baza y Huéscar. Una aproximación histórico-arqueológica desde la Prehistoria Reciente a la Edad Media*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.
- CABALLERO, A., GARCÍA, J.L., CONTRETRAS, F., ARBOLEDAS, L., ALARCÓN, E., MARTÍN, J.M., ADROHER, A.M., MORENO, A. y SÁNCHEZ, L. (2017): “Evolución del paisaje minero en las Sierras Andaluzas Orientales que orlan los altiplanos de Baza y Guadix. Desde los orígenes hasta inicios de la Edad Moderna”, *Presente y futuro de los paisajes mineros del pasado. Estudios sobre minería, metalurgia y poblamiento* (L.J. García, L. Arboledas, E. Alarcón y F. Contreras, eds.), Granada, pp. 327-339.
- GONZÁLEZ, C., MARÍN, M.A., ADROHER, A.M., GARCÍA, F., RISUEÑO, B. y SALVADOR, F. (1990): “Informe prospecciones arqueológicas en la comarca de Guadix. Campaña 1988”, *Anuario Arqueológico Andalucía II/1988*, Sevilla, pp. 87-89.
- GONZÁLEZ, C., ADROHER, A.M. y LÓPEZ, A. (1997): “El Peñón de Arruta (Jeres del Marquesado, Granada) una explotación minera romana”, *Florentia Iliberritana* 8, pp. 183-213.
- GONZÁLEZ, C., ADROHER, A.M. y LÓPEZ, A. (2001): “El Cardal (Ferreira), una explotación minera de los siglos III y II a. C. en las laderas septentrionales de Sierra Nevada (Granada)”, *Florentia Iliberritana* 12, pp. 199-220.
- LÓPEZ, A. (2008): “El oppidum ibérico de Acci (Guadix)”, *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana, Baza, 2008* (Adroher, A.M. y Blánquez, J., eds.), Serie Varia 9, Madrid, Universidad Autónoma, pp. 287-298.
- LÓPEZ, A. y ADROHER, A.M. (2001): “El vertedero de un metalúrgico del Bronce Final (Excavación arqueológica de urgencia en el solar de la Calle San Miguel 30 de Guadix, Granada)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1997/III*, Sevilla, pp. 293-298.
- MALDONADO, G., RUIZ, V. y CASTILLA, J. (1991): “Intervención de urgencia en el yacimiento del Cerro de Juan Canal, Ferreira (Granada)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989/III*, Sevilla, pp. 186-189.
- MARÍN, N. y GORLAT, J.C. (1990): “Los orígenes de Acci y su configuración como importante centro urbano en la Antigüedad”, *Tres estudios sobre Guadix y su tierra* (M. Espinar, coord.), Guadix, pp. 1-34.
- MARTÍN, J.M. (2007): *Poblamiento y territorio medieval en el Zenete (Granada)*, Universidad de Granada.
- MARTÍN, M., BLEDA, J. y MARTÍN, J.M. (1999): *Inventario de arquitectura militar de la provincia de Granada (siglos VIII al XVIII)*, Granada, Diputación Provincial.
- MOLINA, F., CÁMARA, J.A., CAPEL, J., NÁJERA, T. y SÁEZ, L. (2004): “Los Millares y la periodización de la prehistoria reciente del sudeste”, *III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja, Las Primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía, Nerja 2000*, Málaga, pp. 142-158.
- MORENO, D. y ADROHER, A.M. (2019): “Piezas discoidales recortadas en cerámica: perspectiva desde un depósito íbero de Iliberri (Granada)”, *Zephyrus* 84, pp. 63-88.
- ORFILA, M., CASTILLO, M.Á. y CASADO, P.J. (1996): “La cantera romana del Cortijo del Canal (Albolote, Granada): composición, explotación y uso en la construcción”, *Actas del Primer Congreso Nacional de Historia de la Construcción, Madrid 1996* (A. de las Casas et al., eds.), Madrid, Ministerio de Fomento, pp. 389-394.

- RAMON, J. (1995): “Las ánforas fenicio púnicas del Mediterráneo central y occidental”, *Col·lecció instrumenta 2*, Universitat de Barcelona.
- ROLDÁN, J.M. (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*, Anejo de Hispania Antiqua, Granada-Valladolid.
- RUIZ, R. y ÁLVAREZ, J.J. (2014): “Historia de los baños del Marquesado del Cenete (Granada) y recuperación arqueológica del caso de Dólar”, *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez 27*, pp. 349-414.
- SALVADOR, J.A. (2011): *La Bastitania romana y visigoda: arqueología e Historia de un territorio*, Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- SÁNCHEZ, A. (2005): “Santuarios ibéricos en la Bastetania”, *@rqueología y territorio 2*, pp. 65-80.